

La singularidad

Calleja Escudero, Lope

No recuerdo cuándo nací. En realidad, no recuerdo haber nacido. Tampoco sé cuánto tiempo llevo aquí. No, eso tampoco es así. El tiempo no existe, así que no puedo recordar algo que no existe, pero que, creo, en algún momento podría existir. Estoy en un lugar, un espacio, en el que se acumulan los recuerdos de los futuros posibles. No. No es así. No hay espacio. Aún no existe. Simplemente soy. Simplemente estoy. Existo rodeado de millones, quizás billones, de otros entes que no existen, pero que algún día podrían existir, y permanezco en medio de una oscuridad blanda, por la que puedo deslizarme sin moverme, sin sentir opresión alguna, sin notar límites que me obliguen a ir hacia un lado u otro. Digo oscuridad, pero en realidad no sé qué es eso. Es un concepto que asocio a algo monocolor, sin saber muy bien qué es eso del color. Pero sé que existe ese concepto y que en algún momento podré conocer y discernir sobre su existencia y su posible variabilidad.

A mi alrededor todo se mueve y está inmóvil a la vez. Todo fluye sin moverse, es una sensación muy extraña, aunque no inquietante, porque, realmente, no hay nada que pueda fluir. No percibo la existencia de otros entes. Ni siquiera percibo mi propia existencia como tal. Solo sé que soy y que estoy. No sé qué soy. No sé qué significa estoy.

Un momento. ¿Qué es eso? Una extraña singularidad aparece en un lugar. Se expande hacia mí. Hacia todos los lados. Nace un espacio. Acaba de nacer el tiempo. Inesperadas partículas se disparan en todas direcciones. Explotan millones de colores. Ah, ahora entiendo el concepto. Parece que quieren ocupar mi espacio, pero no es así, no me oprimen, simplemente me atraviesan y me dejan ocupar los enormes huecos que dejan entre ellas y más allá, donde ellas no llegan ni, es posible, llegarán nunca.

Ahora observo con un poco de atención.

Oigo los sonidos que emiten. Unos graves, lentos, desplazándose perezosos por millones de eones, unos sonidos profundos que llenan todo este nuevo espacio. Otros son agudos, instantáneos, gritos de auxilio de cuerpos desesperados que nacen y mueren en microsegundos de eternidad, diluyéndose en este enorme espacio que la singularidad ha creado.

Cuerpos formados por la asociación de millones de otros más pequeños, unos brillantes, que me hacen cosquillas (otra nueva sensación) con la energía que emiten. Otros, mucho menores, que parecen muertos, oscilando esclavos sin poder salirse de su monótona ruta. Aún no los he visto todos. Cada instante me asombra con el nacimiento o la muerte de parte de ellos; eso hace un poco más divertida mi existencia. Ojalá esta situación se prolongue en el tiempo y consiga llenar más ese espacio que todavía está tan vacío.

El espectáculo es divertido. Me apena no poder encontrar a otro u otros como yo para poder compartirlo. Para poder comentarlo. Últimamente noto una sensación extraña. El baile de todos esos corpúsculos parece como que se está ralentizando. Ya no juegan a separarse, cada vez se aproximan más unos a otros. Antes corría una ligera brisa que me refrescaba. Ahora el calor aumenta y, aunque no experimento ninguna sensación, parece que las partículas no lo pasan bien. Se arremolinan, chocan unas con otras y siento enormes explosiones de placer, un placer extraño, pero vivificante.

Vuelve, poco a poco, la negrura y el tiempo parece detenerse. Casi no queda espacio. Apenas un puntito de luz donde antes nació todo, donde comenzó el espectáculo. Otra vez solo. Sin nada. Pero ahora tengo la esperanza de... ¿de qué? No recuerdo ya nada. Mínimos destellos de luz negra me atacan con conceptos como tiempo, espacio, color, soledad, que van diluyéndose y, ya no sé..., ¿hay alguien ahí?